

EDITORIAL

La tendencia expansiva del modo de producción capitalista desde la acumulación originaria entre los siglos XV y XVI ha determinado la lógica de intercambio desigual a partir de la generación de plusvalía, sin considerar la sostenibilidad ecológica del planeta. En concreto, el sistema de producción agroindustrial ha tenido una repercusión directa y negativa sobre todos sus ecosistemas.

En el caso de Costa Rica, el desarrollo agrario fue, en la primera mitad del siglo XX, la punta de lanza para recaudar e invertir en la institucionalidad social que hoy día goza a pesar de sus múltiples crisis estructurales. Este desarrollo con alta inversión extranjera, principalmente española, hoy recae en megaindustrias que acaparan gran parte del territorio con altos índices de contaminación generando poco empleo.

Desde el 2010 se cultivan alrededor de 11 mil hectáreas de productos orgánicos de café, banano, cacao, naranja, piña, azúcar, hortalizas y plantas medicinales, cuya demanda supera la oferta, sin embargo, en ese mismo año el World Resources Institute determinó que Costa Rica era el mayor consumidor de plaguicidas en el mundo, con un consumo de 51.2 kg por hectárea. Su nivel de consumo según el Instituto Regional de Estudios en Sustancias Tóxicas (IRET) se ve reflejado en la cantidad de plaguicidas importados cuya cifra, siempre en escala ascendente, se promedió en los últimos treinta años en 340%. En total el país importó 184,817 TM de plaguicidas en esos 30 años.

Este indicador, por demás penoso, nos da la pista para analizar los modos de producción en cultivos con altos grados de uso de plaguicidas y cuya generación de riqueza no compensa el desequilibrio y devastación ecológica producida. En este sentido, el análisis del balance energético de la agricultura industrializada es absolutamente deficitario ya que se consume más energía que la que produce, además, los impactos derivados en los ecosistemas acuáticos y terrestres ponen en peligro la diversidad de las especies, inclusive colca en entredicho la posibilidad de cualquier tipo de vida cercana.

Entre los problemas directos que se pueden palpar en corto plazo la degradación de los suelos como resultado de la intensificación de sus ritmos naturales, la salinización creciente del suelo, y el grave incremento de las tasas de erosión;

estos efectos superan con abultada desesperación el anterior problema de la distribución de las tierras para la producción, debido a que la pérdida de fertilidad de los suelos es la pérdida total del suelo.

Es por ello que para iniciar este 2015 nos sumamos a la crítica inmanente de la racionalización de los modos de producción capitalista basada en el análisis del impacto de las fuerzas productivas agropecuarias, cuyo objetivo hasta el momento se vira en restablecer las condiciones de extracción de plusvalía sin restaurar los beneficios o bondades que la naturaleza, lo cual es, por *sensu stricto*, obscena.

Dr. Ronald Rivera Alfaro
Diciembre, 2014.